HARLEQUIN

Jazmín

# Herida de amor

Diana Palmer



# CAPÍTULO 1

LIBBY Collins no entendía por qué su madrastra, Janet, estaba hablando con un agente inmobiliario. Su padre había muerto hacía unas semanas, y Libby tenía el funeral tan reciente que todas las noches se dormía llorando. Su hermano Curt estaba igualmente destrozado. Riddle Collins había sido un hombre fuerte, alegre e inteligente que nunca había tenido una enfermedad seria, por lo que su muerte de un repentino ataque al corazón fue un golpe más duro aún por lo inesperado. De hecho, su vecino, el ranchero Jordan Powell, dijo que le resultaba un poco sospechoso. Aunque a Jordan todo le parecía sospechoso. Entre otras cosas, estaba convencido de que el gobierno estaba desarrollando un programa de clonación de soldados en laboratorios clandestinos y semienterrados en alguno de los desiertos del país.

Libby se pasó la mano por la larga melena negra y rizada, mientras recorría el horizonte con sus ojos verdes, en busca de su hermano. Pero Curt seguramente estaba hasta las cejas atendiendo los primeros partos del ganado aquella primavera, en los pastos más al norte del rancho de Jordan Powell, donde trabajaba cuidando el ganado. Aún no estaban en abril y

las primeras novillas ya habían empezado a parir algunos terneros, tal y como era normal en aquella época del año. Libby sabía que Curt no aparecería antes de que el agente inmobiliario se fuera del rancho.

Libby oyó la voz del hombre y se acercó a la esquina de la casa con mucho cuidado para no ser vista e intentar enterarse de qué era lo que estaba ocurriendo. Su padre amaba aquel pequeño rancho con todas sus fuerzas, y sus dos hijos también. El rancho de los Collins llevaba en la familia casi el mismo tiempo que el Bar P. en la de Jordan Powell.

–¿Cuánto tardará en encontrar comprador? –estaba preguntando Janet.

–No le puedo asegurar nada, señora Collins –respondió el hombre–. Pero Jacobsville está creciendo mucho y hay muchas familias interesadas en viviendas accesibles. También puede haber alguna constructora interesada en urbanizar las tierras, y ellos seguramente pagarían muy bien.

¿Urbanizar las tierras? ¡No podía ser cierto!

–Quiero vender lo antes posible –dijo Janet con firmeza–. Tengo el dinero del seguro y en cuanto venda el rancho me largo del país.

¡Otra revelación demoledora! ¿Por qué tenía su madrastra tanta prisa? El que había sido su esposo durante apenas nueve meses acababa de morir.

–Haré lo que pueda, señora Collins –le aseguró el hombre–, pero debe entender que el mercado inmobiliario está en crisis y no puedo garantizarle un comprador con la certeza que me gustaría.

–Bien –dijo Janet–. Pero manténgame informada de sus progresos, por favor.

–Desde luego.

Libby salió corriendo, procurando que no la vieran. El corazón le latía con fuerza. La frialdad que estaba mostrando Janet en todo momento después de la muerte de su padre le había extrañado, pero ahora empezó a hacer una serie de desagradables asociaciones. Desde su escondite vio cómo el agente inmobiliario se montaba en su coche y se iba, y pocos minutos después Janet lo seguía al volante de su Mercedes.

Libby necesitaba ayuda. Por suerte, sabía a quién acudir.

Andando se encaminó hacia la magnífica residencia de estilo colonial de Jordan Powell. El único medio de transporte de Libby era una vieja camioneta que en ese momento estaba en el taller, por lo que la joven tardó más de diez minutos en llegar hasta la entrada del rancho, y otros diez en recorrer el sendero pavimentado que conducía hasta la puerta principal de la casa. A ambos lados de la valla que flanqueaba el camino había cabezas de ganado Santa Gertrudis, unas vacas de color rojizo oscuro, animales de pura raza que eran los únicos que Jordan criaba. Además, tenía un macho que estaba valorado en más de un millón de dólares, y el rancho disponía de una sección dedicada a la inseminación artificial y a la obtención de semen para su venta, por el que se llegaba a pagar hasta mil dólares. Jordan lo vendía a ganaderos de todo el mundo, y a menudo recibía visitantes de otros países interesados en conocer de cerca las instalaciones ganaderas y su funcionamiento. Al igual que los hermanos

Tremayne, Cy Parks y otros ganaderos de la zona, Jordan practicaba ganadería ecológica. No utilizaba hormonas ni pesticidas, y tampoco antibióticos que no fueran estrictamente necesarios para la salud de los animales.

Jordan era un hombre hecho a sí mismo y toda una leyenda en el condado. En sus comienzos había sido un humilde vaquero hasta que empezó a comprar y criar ganado. Era el único hijo de un hombre que se dedicó a la ganadería por afición y una joven de familia adinerada que fue desheredada por sus padres en el mismo momento en que anunció su boda con el joven Powell, y a quien sólo dejaron en herencia la propiedad donde estaba ahora el rancho de Jordan. Su padre bebía considerablemente y después de la muerte de su esposa se retiró del mundo y dejó a Jordan con una difícil decisión, la de recuperar el rancho que su padre había arruinado. Jordan empezó a trabajar como vaquero en el suntuoso rancho de Duke Wright y en su tiempo libre se ganó una buena reputación profesional en el circuito de los rodeos, montando toros bravos.

En lugar que disfrutar del dinero que recaudaba con el rodeo, Jordan pagó la hipoteca que su padre había pedido sobre el rancho. Con los años, añadió un toro Santa Gertrudis de pura raza y un granero, así como un par de hembras. Estudió genética con la ayuda de un ganadero retirado y aprendió a comprar semen de otros animales para inseminar artificialmente a las hembras. Poco después entró también en el circuito de concursos de animales, y no tardó en empezar a ganar premios y recibir peticio-

nes de venta de semen. Fue un largo camino hacia la prosperidad, pero lo consiguió, a pesar de tener que hacerse cargo de un padre alcohólico que terminó empotrado en su camioneta contra un poste de teléfono. Jordan quedó solo en el mundo. Bueno, no tan solo. Si lo que decía Curt, el hermano de Libby, era cierto, una cosa que nunca le faltaba a Jordan eran mujeres. Las tenía de sobra.

A Libby le encantaba el rancho de adobe amarillento que Jordan había construido hacía un par de años, con sus elegantes arcos y las filigranas de hierro fundido negro que decoraban las puertas y ventanas. En el patio central había una enorme fuente, donde nadaban peces tropicales de distintos colores que incluso disfrutaban de agua caliente para poder soportar el frío del invierno. La casa era un sueño. El lugar perfecto para una familia, aunque todo el mundo decía que Jordan Powell jamás se casaría. Tenía demasiado aprecio a su libertad.

Libby se acercó a la puerta principal y llamó al timbre. Sabía que no podía tener un aspecto muy atractivo, con los vaqueros y las botas manchados de barro y una vieja camiseta desteñida cubierta por una cazadora vaquera que había visto mejores tiempos. Había estado con el único mozo que les ayudaba en el rancho ayudando a nacer a un ternero. No era un trabajo muy limpio, algo que desde luego su madrastra jamás haría. Libby aún echaba de menos a su padre. Su muerte inesperada había sido un golpe durísimo para ella y para su hermano, que apenas estaban empezando a acostumbrarse a la nueva esposa de Riddle Collins.

Nada más enterrarlo, Janet se afanó por hacerse con el cuarto de millón de dólares del seguro que había dejado su padre, en el que ella aparecía como única beneficiaria, y empezó a gastar dinero a diestro y siniestro sin pensar en facturas pendientes ni en los hijos de Riddle. Eran jóvenes y podían trabajar, había razonado la viuda, y además tenían un techo. Al menos de momento. Por lo visto, también el nuevo testamento de Collins, del que sus hijos no sabían nada, nombraba a Janet única heredera de la propiedad y de la cuenta bancaria, no especialmente abultada, de su difunto esposo. O al menos eso les comunicó Janet en tono altivo. Curt estaba furioso. Libby no dijo nada. Echaba mucho de menos a su padre y todavía se sentía como si caminara en medio de una neblina de aturdimiento.

Libby tenía el ceño fruncido cuando la puerta se abrió, y dio un salto involuntario al ver que no era la criada quien salía a abrir, sino Jordan en persona.

–¿Qué demonios quieres? –le preguntó él secamente–. Tu hermano no está aquí. Está supervisando el nuevo vallado en la parte norte.

Libby no respondió.

–¿Y bien? –insistió él con impaciencia.

Era tan guapo, pensó ella para sus adentros. Tenía treinta y dos años y era muy alto, delgado y musculoso, con los ojos negros y el pelo negro y rizado. El rostro era viril y fuerte, bronceado por el sol, con orejas grandes, y pies grandes también. Pero era atractivo. Demasiado.

–¿Estás muda? –preguntó él, mirándola con el ceño fruncido.

Libby negó con la cabeza.

–Sólo temporalmente –dijo con un suspiro–. Estás como un pan, Jordan.

–¿Quieres decirme qué es lo que quieres? –gruñó él–. Porque si es una cita, olvídalo. No me gustan las mujeres que me persiguen. Ya sé que no puedes quitarme los ojos de encima, pero eso no es excusa para presentarte así en mi casa buscando mis atenciones.

–Ya te gustaría –dijo ella, arrastrando las sílabas, con un divertido destello en los ojos–. Si quiero un hombre, buscaré a alguien accesible, una estrella de cine o un multimillonario.

–He dicho que tengo prisa –refunfuñó él.

–Vale, si no quieres hablar conmigo…

Jordan soltó un bufido de impaciencia.

–Está bien, pasa –masculló–. Y date prisa, no sea que se cuelen las otras mujeres que me persiguen.

–Sería una lista muy reducida –dijo ella, entrando en el vestíbulo–. Tienes fama de no tener modales y de no saber cuidar una casa.

–¿A qué viene eso? –dijo él, secamente.

Libby le sonrió.

–Tienes las botas llenas de barro, que ahora también está en la carísima alfombra de lana que compraste en Marruecos –dijo ella, señalando la alfombra–. Cuando Amie lo vea, te matará.

–Mi tía sólo vive aquí cuando no tiene otro sitio –dijo él.

–Que dicho en cristiano quiere decir que se ha escondido. ¿Por qué estás furioso con ella esta vez? –preguntó.

Jordan se quedó mirándola un largo rato y suspiró.

–Quería redecorar mi habitación. Poner cortinas amarillas y volantes –casi escupió la palabra–. Dice que es muy deprimente porque me gusta la madera oscura y las cortinas de color crema.

–Puedes pintarla de rojo y poner luces de colores –dijo Libby arqueando las cejas.

–He dicho que las mujeres me persiguen, no que traiga una diferente cada noche –replicó él, furioso ante la insinuación.

–¿Ah, no? ¿Quién fue la semana pasada? La hija del senador Merrill, y antes que ella, Miss Condado de Jacobs, y…

–Eso no fue por mi culpa –dijo él–. La chica se plantó delante de mi coche en el aparcamiento de ese nuevo restaurante japonés y se negó a moverse a menos que la llevara conmigo –le explicó, y sonrió de oreja a oreja.

–Eres imposible –dijo Libby.

–Venga, venga, ¿qué querías? He quedado con tu hermano dentro de media hora para ver unas hembras preñadas –le dijo.

De repente, Jordan arqueó una ceja y empezó a recorrerla lentamente con la mirada de la cabeza a los pies.

–Si quieres, puedo hacerte un favor en quince minutos…

–A mí nadie me encaja entre unas hembras preñadas y la cena –le informó ella–. Además, ya lo sabes, yo soy célibe.

Jordan se llevó la mano derecha al corazón.

–A Dios pongo por testigo de que yo no le dije a tu hermano que te dijera que Bill Paine tenía una enfermedad contagiosa…

–No tengo nada que ver con Bill Paine –le espetó ella.

–Ibas a ir con él a Houston a un concierto que no había y yo sé que Bill tiene un piso en Houston y una pésima reputación de mujeriego –le replicó él con los dientes apretados–. Así que se me ocurrió mencionar a uno de los mozos, que por casualidad estaba al lado de tu hermano, que Bill Paine tenía una enfermedad contagiosa.

Libby no se podía creer lo insolente que era. Curt se enfureció cuando ella aceptó una invitación del rico y rubio Bill Paine, de una clase social muy superior a la suya. Bill era cliente del bufete de abogados de Blake Kemp, donde ella trabajaba. Bill reparó en Libby y empezó a coquetear con ella. Cuando Curt le dijo lo que había oído sobre Bill, Libby canceló la cita. Y se alegró de haberlo hecho. Más tarde se enteró de que Bill había hecho una apuesta con uno de sus amigos de que podía acostarse con ella cuando quisiera.

–Yo no tengo ninguna enfermedad contagiosa –le aseguró él, en tono más bajo y grave. Miró el reloj–. Nos quedan diez minutos, si nos damos prisa.

Libby hizo un gesto en el aire.

–Hoy no me puedes seducir. Tengo que ir a comprar. Lo que he venido a decirte es que Janet quiere vender el rancho a un promotor para construir una urbanización.

–¿Una qué? –explotó él–. ¿Una urbanización? ¿Junto a mi nave de inseminación? –Jordan echaba chispas por los ojos–. ¡Y un cuerno!

–Bien. Tú quieres detenerla. ¿Tienes una soga fuerte?

–Esto es muy grave. ¿Qué demonios está haciendo, vender vuestra casa? No creo que Riddle se lo dejara todo. ¿Y Curt y tú?

–Dice que somos jóvenes y podemos trabajar para vivir.

Jordan no dijo nada. Su silencio era tan elocuente como si gritara.

–No os puede desahuciar –dijo–. Tienes que hablar con Kemp.

–Trabajo para el señor Kemp –le recordó ella, consciente también de que no podría pagar sus honorarios.

–Lo que me lleva a la pregunta: ¿por qué no estás trabajando?

Libby suspiró.

–El señor Kemp ha ido a una convención del Colegio de Abogados en Florida –le explicó–. Me dijo que podía tomarme un par de días de vacaciones en su ausencia, ya que Mabel y Violet se iban a quedar en el bufete para lo que pudiera surgir. Normalmente no tengo mucho tiempo libre.

–Ya sé que no –dijo Jordan–. Kemp es un abogado muy demandado en Jacobsville. Seguro que has aprendido mucho con él. ¿No te ha entrado el gusanillo de estudiar Derecho?

–No –respondió ella–. La licenciatura en Historia me basta. Tengo toda la educación que necesito.

He estado pensando en dar clases en la escuela de adultos por las tardes…

–Tu padre era un hombre acomodado –observó él–. Tenía una colección de monedas que estaba valorada en medio millón de dólares, ¿no?

–Eso creímos, pero no la hemos encontrado. Supongo que la vendió para comprarle a Janet el Mercedes.

–Él os quería a Curt y a ti.

Libby tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

–Cuando se casó con ella debió de cambiar el testamento y se lo dejó todo –contestó–. Janet dijo que todo estaba en su caja de seguridad del banco, junto con la cuenta de ahorro, que también estaba a su nombre. Tal y como estaban los documentos, el dinero le pertenecía también a ella y no ha tenido ningún problema legal para hacerse con él. Papá no nos dejó ni un centavo –admitió para finalizar.

–Aquí hay algo que huele mal –dijo él.

–Eso parece, sí, pero papá se lo dejó todo a ella. Estaba loco por Janet.

–¿Habéis legalizado el testamento?

Libby negó con la cabeza.

–Janet dice que se lo ha dado a un abogado y que está a la espera de su respuesta.

–Tú conoces la ley mejor que yo, Libby. Y necesitas un abogado –repitió él–. Contrata a Kemp y que la investigue. Aquí hay algo que huele mal. Tu padre era el hombre más sano que he conocido. Nunca tuvo el menor síntoma de problemas cardiovasculares.

–Lo mismo pensamos Curt y yo –dijo Libby, y suspiró, clavando los ojos en la elegante moqueta azul y rosa–. Estaba loco por ella. Quizá pensó que nosotros no necesitábamos mucho. Sé que nos quería… –un sollozo la interrumpió.

Jordan la abrazó y la atrajo hacia él.

–¿Por qué no lloras, Libby? –le preguntó–. Te hará bien.

–¿Tú también lloras? –preguntó ella, saboreando el olor masculino que le iba impregnando la ropa y el cuerpo.

–Muérdete la lengua –masculló él entre dientes, rozándole la sien con los labios–. ¿Qué sería del rancho si cada vez que pasara algo yo me echara a llorar? No saldrán lágrimas de esta alfombra persa, te lo aseguro, y si no pregúntaselo a mi tía.

Libby rió suavemente, a pesar de las lágrimas. Era un hombre reconfortante, aunque solía perder los estribos sin demasiado motivo y su arrogancia hacía desear a muchas personas no haberlo conocido.

–¿Por eso gritas a tus empleados? ¿Para no llorar?

–A mí me funciona –rió él–. ¿Estás mejor? –le preguntó, dándole unas palmaditas en el hombro.

Ella asintió, sonriendo a través de las lágrimas, que se secó con un pañuelo de papel que él le había metido en un bolsillo de los vaqueros.

–Gracias.

–¿Para qué son los futuros amantes? –dijo él, y cuando la vio ruborizarse, soltó una sonora carcajada.

–Deja de pervertirme, eres una mala influencia –dijo ella.

–Yo no te estoy pervirtiendo –rió él–, sólo avisando de mis malas intenciones. Además, ha servido para detener la cascada de lágrimas.

–Eso no eran lágrimas, eran gotas de rocío.

–Habla con Kemp –repitió él, sin añadir que él pensaba hacer lo mismo–. Si Janet tiene un testamento nuevo y un codicilo, tendrá que demostrarlo. No permitas que os eche de vuestras tierras sin luchar.

–Supongo que puedo decirle que me lo enseñe –dijo ella–. Oh, detesto las discusiones y las peleas.

–Lo recordaré la próxima vez que vengas persiguiéndome –prometió él.

Libby sacudió la cabeza, dando media vuelta para irse.

–Eh.

Ella lo miró por encima del hombro.

–Avísame con lo que averigües –dijo él–. A mí también me afecta. No puedo permitir una urbanización al lado de la nave. Estresaría mucho a las hembras, y desmontar esa nave y volverla a montar en otro sitio me costaría una fortuna. Un juicio sería más barato.

–Buena idea –dijo Libby–. Denúnciala.

–¿Por qué, por querer vender una propiedad?

–Sólo intentaba ayudarnos a los dos –respondió ella.

Jordan volvió a mirar el reloj.

–Sólo quedan cinco minutos y ni siquiera yo soy tan bueno –añadió–. Es una lástima. Si hubieras tenido la boca cerrada, ahora estaríamos…

–¡Cállate, Jordan Powell! En serio, de todos los rancheros arrogantes y salidos de Texas…

Cuando salió por la puerta aún seguía maldiciéndolo. Pero cuando se alejó de la casa sonrió. Jordan era como un tónico para su alma.

Aquella noche, Janet no dijo ni una palabra sobre el agente inmobiliario. Comió la cena ligera que Libby había preparado, como de costumbre, sin molestarse siquiera en darle las gracias.

–¿Cuándo vuelves al trabajo? –le preguntó a Libby, en tono irritado.

Janet llevaba el pelo teñido de rubio platino, con un corte sofisticado y unos vaqueros con bordados de piedras que evidenciaban su nueva situación económica.

–No puede ser bueno estar todo el día en casa sin hacer nada –añadió.

Curt, con un gran parecido físico a su hermana, excepto que era más alto y musculoso, miró furioso a la mujer.

–Perdona, ¿cuándo te has ocupado tú de la casa o de la cocina? Libby lo hace todo desde que tenía once años.

–No me hables en ese tono –respondió Janet–. Te puedo echar cuando quiera. Ahora todo es mío.

–Nada es tuyo hasta que se legalice el testamento –replicó Libby sin alzar la voz, dejando perplejo incluso a su hermano–. Puedes presentarlo, supongo, porque vas a tener que hacerlo. Pero ahora el rancho no es tuyo, y quizá no lo sea nunca.